

tingue sus dos especies con los nombres de *celia ceria* y de *cerbisia*. Te dirá que las *alforjas* del arriero son la legitima descendencia de la *sarcina* de que habla Caton el Censor, y de la *bulga* romana; y te probará con este verso de Lucilio

«*Cum bulga cœnat, dormit, lavat, omnis in una,*»

el antiguo y respetable derecho de este mueble á ser considerado como el apéndice obligatorio de nuestra persona en la vida trashumante. Te hará ver que la fórmula de ofrecerlo todo aunque no haya intencion de regalarlo, es oriental y muy antigua, citando al canto el pasaje del Génesis en que Ephron hace á Abraham el cumplido de poner á su disposicion la cueva doble que tenia en su heredad para que entierre en ella á Sara, y luego se la vende por cuatrocientos siclos de plata; que tambien nos viene de oriente la magestuosa aunque aparente frialdad con que el actual descendiente de cinco razas poderosas mira las cosas mas dignas de alabanza, y con que recibe las dádivas ú obsequios; evocando el testimonio de Tácito: «*gaudent muneribus, sed nec data imputant, nec acceptis obligantur.*»

El ingenioso *Solitario* por su parte, sólidamente versado en el tecnicismo de la bulla y zambra andaluza, nos representará al vivo las animadas ferias de Ronda y de Mairena, la *majeza* en toda su bravura, nos retratará al señorito garrido y flamante, al chalan tramposo y embustero, en quien vive perpétuo el famoso Ginés de Pasamonte; y tambien nos conducirá canceles adentro bajo los emparrados donde la animada sevillana desmenuza el bolero y el fandango, y donde la voluptuosa gaditana se zarandea con el ole y la zarabanda y los demas derivados de aquellas lúbricas danzas de las célebres hijas de la isla Eritrea, delicias de Marcial, Horacio y Petronio.

Los pintores y escultores finalmente sacarán de las costumbres y de los tipos lo mas adecuado á su arte respectivo. El pintor encuentra en las escenas de la vida comun de Andalucía, forma, color, originalidad: para producir un cuadro de género rico de tonos é interesante, no tiene mas que ponerse á copiar: la buena-ventura, la improvisacion cantada en el cortijo, el baile en la hera, la disputa en la taberna ó en la rómberia, la familia gitana en su rancho, el coloquio amoroso á la reja *pelando la pava*, la buñolera de Sevilla, el barquero del Puerto, un grupo cualquiera de chalanes ó caleseros, con sus jacos y sus vehicu-

los, ó sin ellos, parados ó caminando, tumbados durmiendo su siesta, ó en corro requebrando á una despótica maja, ya bebiendo, ya comiendo, ya jugando, ya rasgueando la guitarra y *ululando*, como decia Silio Itálico, las monótonas *cañas* de Tarteso, serían para un Wilkie, para un Hogarth, para un Goya, como lo han sido para el malogrado Becquer (1), otras tantas ocasiones de fecunda inspiracion, modelos impagables de dibujo y de riquísima entonacion, mina inagotable y variada de actitudes espresivas y de graciosos incidentes. De la fiel observacion de las costumbres meridionales, sin quitar ni poner, sacó el ingenio de Cervantes la linda figura de Preciosa, la descarnada de su supuesta abuela la gitana vieja, la egipciaca y varonil de aquel elocuente y viejo gitano que hizo á D. Juan de Cárcamo la viva pintura de las costumbres de su tribu: y qué cuadros no podrá componer un pincel ejercitado representando con colores materiales aquellas mismas escenas del gran novelista, v. gr., la ruidosa entrada de la Gitanilla en Madrid á son de tamboril y castañetas, rodeada de otros gitanos de su aduar y de los muchachos y mujeres que acuden á verla bailar tocando las sonajas y cantando el romance de Sta. Ana; ó la profesion de gitano del enamorado D. Juan, cuando sentado sobre el alcornoque, en el rancho adornado de ramos y juncia, con el martillo y las tenazas en la mano, y presentes otros gitanos de ambos sexos, oye de boca del gitano viejo que le entrega á Preciosa aquellas terribles palabras: «nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas; con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte.» Todo, en efecto, es en el pueblo de Andalucía característico y pintoresco: sus fisonomías, sus trages abigarrados, los jaeces de las bestias, el ornato ninivita y babilónico de los arreos. Figuráos un pintor observador y perspicaz como Teniers, y enérgico como Salvador Rosa: un Goya, por ejemplo: qué partido no hubiera él sacado de una de esas dramáticas *meriendas de gitanos* que suelen ser el final obligado del peligroso ejercicio de las alumnas de Teletusa (2). Una moza desenvuelta y provocativa, aunque irremisiblemente

(1) Y como lo son para otro distinguido artista sevillano de este mismo apellido, aunque mas aficionado por la esquisita educacion de su sentimiento estético á otros rasgos mas sublimes de la pintura.

(2) Célebre bailarina de la antigua Gades, immortalizada por Marcial y Petronio.

casta, pues si no lo fuera no existiría, baila el *ole* en medio de un gran corro de gitanos y gitanas, jóvenes y viejos, entre los cuales hay un *busné*, mocito boquirrubio, cristiano alegrillo y un tantico curioso que no sabe en qué nido se ha metido ni entre qué casta de pajarracos anda revuelto: comienza el braceo con los redobles de las castañuelas, acompaña el muelle contoneo del cuerpo, el menudo taconeo y la lánguida mirada, y la «poesía del deleite (1)» se anima y crece con las exclamaciones del insaciable enjambre: «¡bien parado! déjala que se canse; ¡mas puede! ¡mas puede!» Y todos acompañan el son y la danza con palmaditas acompasadas, y la doncella cobriza se enardece, y aumenta la excitación en los ya exaltados cerebros, y el incauto extranjero sale de sus casillas, y la graciosa bacante que le seduce, después de hecho el último esfuerzo, cae en su asiento exhausta y hecha pedazos lanzándole una mirada que le derrite el corazón. El pobre *busné*, que no conoce la naturaleza especial del gitano, interpreta aquella mirada por las reglas de la elocuencia europea, y mientras la gente morena se refresca con aguardiente y manzanilla, se propasa imprudente á declaraciones y pesadeces que entre nuestras errantes bayaderas jamás se consienten. La bailadora, verdadero ponche helado para un sofocon, recobra repentinamente su dignidad egipcia: el fascinado *busné* se queda petrificado sin saber lo que le pasa, y la parentela masculina de la mala hembra le saca de su estupor con un astillazo ó un chirlo, y acaba la zambra con navajadas y cabezas rotas. En este mismo drama hay ¿quién lo diría? accidentes no pocos para satisfacer el más delicado instinto de lo bello, y en los cuales sin embargo casi nadie repara; pero si un escultor familiarizado con las creaciones del genio griego y latino acierta á detenerse en Cádiz ó en Sevilla á la entrada de un ventorrillo, ó á la puerta del corral donde suena el castañeteo, y la curiosidad le mueve á contemplar el espresivo baile del *ole* ó de la *zarambando*, presto sorprenderá entre las voluptuosas posturas de la mujer la de la famosa *Venus Callipige* de Nápoles y la de la *Bacante* de la *villa Albani*. Los artistas de la antigüedad, entre quienes no era privilegio especial dado á muy pocos, como lo es hoy, la percepción clara y sin velo de la belleza, sacaban gran partido de las escenas comunes: ellos vieron la mencionada lindísima estatua en la vulgívaga Te-

(1) *Die poesie der Wollust*, llama Huber á los bailes gaditanos.

lethusa, como vieron en otras mozuelas dedicadas al mismo ejercicio, de las que llamaria Cervantes *de la casa llana*, la linda figura que baila en un banquete nocturno y que admiramos hoy en un vaso Etrusco del Museo Borbónico, y otra más que con purísimo deleite estudian los aficionados de moral mas severa entre las pinturas del sepulcro de Cuma, rodeada de espectadores en actitud de llevar el compás dando palmadas y de excitarla con exclamaciones, ni mas ni menos que como lo hacen hoy los *bravos* de Andalucía. Porque debemos observar, aunque sea de pasada, que el genio que bajo la corteza de lo vulgar y comun sabe encontrar la verdadera belleza, saca la forma pura con toda su original pudicia del cieno con que la deslustra y deforma el vicio, como el minero saca el oro del fango de la mina. No son numerosos en verdad los genios; así que, esos hermosos trasuntos de la forma corporal purgada de sus imperfecciones accidentales, solo se hallan en los vasos antiguos, en los bajo-relieves y estatuas griegas, en algunas tablas de Rafael y de Pusino; pero la naturaleza es siempre igualmente fecunda, y si los buenos artistas escasean, no faltan por cierto modelos que ostenten la mas hermosa creacion de Dios en toda su virginal pureza entre esas doncellas singulares de la vagabunda raza oriental que con tanta frecuencia recordamos, llenas de magestad aunque sumidas en la abyeccion, castas y sin pudor, provocativas y sin amor, que cantan y bailan y tienen la mirada triste, que parecen hijas de reyes egipcios y nacen de sangre de chalanes y ladrones. Es menester saber buscar, y ver, y sentir, cuando se trata de copiar: para los talentos adocenados no hay en las escenas populares sino lances muy comunes: lo defectuoso y malo es lo único que á sus ojos se presenta, y aun así y todo, todavía es para mí un *desideratum* un cuadro bueno sobre el manoseado tema de las costumbres andaluzas de majencia y bravura con sus peripecias, sus contrastes, sus movimientos y su fuga, sus dramas y sus horrores, ó sus lances cómicos y su chistosa animacion. Vemos por todas partes pinturas de tipos y de escenas meridionales: la bolera, el majo, el contrabandista, los famosos niños de Écija, el último bandolero de vida épica y verdadero rey de la Sierra, José María, andan prodigados hasta por los témpanos de las panderetas causándonos hastío; y con tanto copiar y recopiar esos tipos, con tanto repetir y multiplicar mujerotas bailando el fandango, y majos empalagosos paseando la *calle de la Sierpe* ó la *Velada*, y bandoleros á caballo con la querida en ancas y el trabuco al costado, y el



Esc. de J. Donor, Madrid.

PUENTE DE HIERRO
(Sevilla.)

Dib. del nat. y lit. per F. J. Per. r. m. s. a.

JUNTA DE ANDALUCIA

ay Generalife

robo en el despoblado, y el baile sobre la mesa en el ventorrillo, y el pabellon de la gitana buñolera en la feria, y la florida romería á Santiponce, apenas vemos un lienzo entre ciento que tenga color, carácter, gracia é interés: apenas entre cien pintores descuella uno que sepa encontrar la perla de la belleza, clásica ó romántica, en el profundo y revuelto golfo de las sensaciones de la vida comun. Si Sevilla estuviera habitada por atenienses, veríamos trasladados al bajo-relieve en frisos, basas y métopas los bellísimos grupos que descubre á cada paso en la feria de Santiponce el ojo educado en las graciosas y sencillas composiciones de la escuela de Praxiteles. Aquellas carretas cubiertas de ramos olorosos que vienen por el puente de Triana conduciendo á las gitanas y corraleras, puestas en pié con gesto magestuoso, con aureolas de flores desmayadas elegantemente prendidas al cabello, tiradas de corpulentos y hermosos bueyes engalanados con guirnaldas, se enlazan en la imaginacion á los mas poéticos recuerdos del paganismo. Los bates empavesados de cintas y flores que trasportan la gente alegre y galana desde la *Barqueta* á la opuesta orilla, hacen tan vistoso el Guadalquivir como podia estarlo el Cefiso cuando cruzaban sus apacibles ondas las barcas de las familias griegas acudiendo con sus dones á las célebres fiestas de Minerva. No es mas airosa y esbelta la jóven Panatenea que la gracil doncella sevillana con su canastillo de rosas en la cabeza; recuerdo involuntario de la garbosa cariatide corintia; ni la mozueta gaditana haciendo sobre una mesa con el calañés en la palma de la mano las voluptuosas contorsiones del *vito*, es menos motivo para una estatua que el sátiro tocando los platillos ó la siringa; ni sería inadecuada para hacer juego con el *discóbolo*, con el *fauno* del Capitolio ó con el *gladiator*, la característica figura que presenta á veces el *guapo* sevillano de las afueras de la puerta de Carmona, cuando, despues de las intimaciones de costumbre y de rehusar el barato y del «vamos allá,» blandiendo la despiadada del *santo-óleo*, quedan él y su contrario por largo espacio como helados con la navaja en alto y la capa liada al brazo izquierdo sin descargar el golpe. Los legítimos tipos andaluces son tan dignos de estudio por lo menos, como los que ofrecen Italia, Grecia, Egipto y los pueblos de Oriente, nunca exhaustos de bellezas y de poesía; pero, séanos licito repetirlo, la belleza de estos tipos no está donde la busca el vulgo de los artistas del país: no en lo abultado de la pantorrilla, no en la prensada carnosidad del pié de la bolera, ni en la

campana de su falda, ni en la tesura del *majo fino* en día de fiesta; no está en la fiel y paciente y chinesca reproducción de todo cuanto los tipos de *la tierra* ofrecen de bueno y malo sin elección. Doloroso es confesarlo, raros son los pintores andaluces capaces de ver las verdaderas bellezas que pasan por delante de sus ojos, y esos tesoros se benefician principalmente por artistas extranjeros; por pintores y escultores ingleses, franceses y alemanes, de mas delicado sentimiento y de mas elevadas ideas, en cuyas carteras abundan hoy estudios y cróquis de las bellezas características de la Bética, y á cuyos estudios habrá que acudir mañana para historiar ese país cuando la tiránica y devoradora civilización industrial haya nivelado todas las provincias de España y fundido en su prosaico crisol sus razas, sus usos y sus dialectos. Y basta de digresiones por el terreno propio del arte.

De consiguiente, y volviendo á nuestro tema, cada cual puede estudiar en los tipos, caractéres y costumbres de la España meridional, lo mas acomodado á su genio sin invadir el dominio ajeno; y no es requisito indispensable tener alma de artista para hallar en ellos atractivo, puesto que, aun considerados científicamente, es su análisis fecundo en resultados y abre vastísimo campo al ethnologista, al historiador, al anticuario y al humanista, para sabrosos y entretenidos discursos. Lo mismo se verifica respecto de la naturaleza inanimada: el geólogo, por ejemplo, estudia en las piceas montañas de esas numerosas sierras que limitan y amparan las pingües llanuras de Sevilla y Cádiz, la magnífica constitución de la zona bética; ve en conjunto lo que á los ojos vulgares aparece casual y desmenuzado, observa el encadenamiento de los ramales, y traza en el papel con pocas y seguras líneas el grandioso cuadro de las barreras naturales ó brazos que, partiendo del gigantesco Briareo de Sierra-Morena, ciñen la tierra de Sevilla en sus confines con Estremadura y con Málaga, la separan de la de Cádiz, y aislan esta provincia contornándola por un lado con una cadena de sierras que tiene su último eslabon en el Puerto, y por el otro con otra cordillera que, á guisa de cordon deshecho, lleva un cabo á Algeciras y sumerge otro en el golfo de Gibraltar.

En estas mismas cordilleras descubre el mineralogista preciosas canteras de mármoles que hacen famosa la sierra de Ronda, ricos criaderos de plata y cobre que hicieron un tiempo de la sierra de Constantina el sueño dorado de los mineros del continente. Guadalcanal, Al-

maden de la Plata, Fuente Reina, son hoy quizá las cicatrices mal cerradas de aquellas innumerables bocas por donde desfogaba su plétora bajo la dominacion de los codiciosos fenicios y cartagineses la riqueza metálica de Tarteso.

El botanista y el agrónomo hallan un campo inexplorado de abundantísima cosecha en esas mismas montañas cuya cima coronan perpétuas nieves y en cuya falda se crían las plantas tropicales, la caña de azúcar, el algodón, el arroz, el naranjo, el limonero, la palma; y en esas llanuras, donde si la mano del hombre está ociosa, la naturaleza está en acción continua y hace espontáneamente brotar el romero, el cantueso, el tomillo, la adelfa, el oruzuz, el palmito, la jara, el arrayán, la madre selva, el higo chumbo y la pita; donde desde la barrera de los Montes Marianos hasta las franjas de arena y peñascos en que mueren ó se estrellan las olas del Estrecho, tiende la risueña Flora de Mayo y Junio su espléndida vestidura de corolas de todos matices, que, como embalsamadas copas de rubí, de amatista, de turquesa y de topacio, embriagan al pasajero evaporando al sol sus esencias.

Tomando, pues, nosotros la parte que legítimamente nos pertenece, sin entrometernos en las útiles tareas del naturalista, del filólogo, del novelista y del escritor de viajes, declaramos del dominio de nuestra pluma cuantas bellezas vayamos descubriendo en los tipos y caracteres, en los usos, en la naturaleza, en el arte, en todo lo manifiesto por fin de las obras de Dios y del hombre, en la privilegiada tierra que riega el Guadalquivir después de engrosado con el caudaloso tributo del Genil, y que sirve de dique á las encrespadas olas de dos mares desde S. Lucar á la boca del Guadiaro. El título de nuestra obra, que es la enseña bajo la cual militamos, la empresa con que nos venimos presentando en el palenque literario tantos años há, ha de quedar airoso: nuestra misión abraza todo lo bello y memorable del mundo moral y material dentro de la escena en que nos hemos constituido: lo bello porque describimos bellezas; lo memorable porque perpetuamos gloriosos recuerdos. La historia va adherida á los monumentos del arte como el musgo y la hiedra á las ruinas; ella dá á las rotas arquerías, á los carcomidos capiteles, á las mutiladas estatuas el carácter venerando que los convierte á nuestros ojos en reliquias poco menos que sagradas.

Describiremos por consiguiente las bellezas de las razas andaluzas y de sus costumbres, de los monumentos artísticos que levantaron, del país

que les sirve de teatro: evocaremos los recuerdos del tiempo pasado que esplican la amalgama de pueblos tan diferentes en sus orígenes, que animan las olvidadas ruinas y dan elocuente voz á las mudas piedras: que hacen llorar al hombre amante de la verdadera civilizaci6n de su patria cuando contempla cómo la segur asoladora del tiempo, la ciega furia de las revoluciones, y la ignorancia, que es el inseparable prosélito de la violencia, van pulverizando las maravillas del arte antiguo y yermando la deliciosa tierra que la antigua cultura habia convertido en un paraíso.

En la region que vamos á explorar hay un riquísimo depósito de toda grandeza fenecida y olvidada: allí memorias palpitantes de miles de años transcurridos, allí vestigios intactos de las codiciosas empresas del Fenicio, de la magnificencia del Romano, de la elegante voluptuosidad del Sarraceno, de la robusta fé del Godo. De estos recuerdos, de estas bellezas hablaremos: las bellezas de las ciencias tienen en Cádiz y Sevilla sus panegiristas en los alumnos de Dioscórides, de Cuvier, de Lagasca, de Berzelius, de Arago, etc.

RECUERDOS Y BELLEZAS: parece en verdad ambicioso el título, porque en rigor comprende la historia entera y la completa manifestaci6n de todas las maravillas naturales y artificiales de un país determinado. Pero la comprensi6n del hombre es muy limitada, y no hay ninguno que sea capaz de abarcar con ella la suma infinita de fenómenos que en sus tres conceptos de *bueno*, *útil* y *bello*, encierra la Creaci6n. En la inmensa cadena de la naturaleza espiritual, desde el imperceptible infusorio hasta el glorioso querubín, hay arcanos para apurar el genio y la constancia de millones de sabios dedicados todos á especulaciones diferentes; y en la de la naturaleza puramente física y material, desde el conocimiento del simple átomo hasta el de los innumerables mundos lanzados al espacio por la diestra del Omnipotente, caben, sin hacer mas que desflorar la materia, cuantas elucubraciones pueden sugerir á la mente humana con el ostentoso y risible apelativo de ciencia, su ansia febril de saber y su loco orgullo. Por esto Dios en sus altos designios traza á la actividad de cada inteligencia su rumbo especial, dándonos vocaciones diferentes. Pone en la mano del ge6metra el compás, en la del astr6logo el telescopio, en la del ge6logo el barreno, en la del z6logo el escapelo, en la del anticuario la historia y el monumento: dá el cincel ó la paleta al artista, lleva al monte y á la llanura al paisista

con su cartera, al criptógamo con su cuchillo, al que estudia los insectos con su manga; detiene delante del grupo donde se bebe ó se baila ó se canta, y delante del ruinoso edificio, al pintor de costumbres ó de perspectivas; impele al arqueólogo á desenterrar las ruinas seculares y al historiador á rescatar del polvo de los archivos los carcomidos documentos. Á todos proporciona medios adecuados para comprender en sus obras alguna pequeña parte de sus divinas perfecciones y atributos:

«Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.»

Revela al historiador su providencia, al naturalista filósofo su sabiduría y su poder, al artista y al poeta su multiforme belleza. No se deleitan el historiador, el artista, el literato, con una simple yerbecilla, como se deleita el geógrafo-botánico si logra aumentar con un nuevo vegetal alguna de las familias conocidas, ó si descubre entre las plantas tropicales que matizan y embalsaman la falda de la Sierra un rododendro ó cualquier otro súbdito prófugo de la Flora Alpina; pero tampoco el naturalista exulta gozoso como el arqueólogo si tropieza con un ignorado bajo-relieve romano ó visigodo, ó con cualquiera otra reliquia artística interesante. El hombre científico-pensador, al contemplar el gran verjel que limitan y comparten las sierras andaluzas, admira la infinita sabiduría de aquel que para hacer fructifera esa tierra deshace en lluvia las nubes que á modo de gasas se prenden á los altos picos de Sierra-Morena, de Sierra de Gazules y de Gibalbin, la humedece con blando rocío, la abriga á veces durante el invierno con las nevadas que al mismo tiempo contribuyen á fecundarla con sus sales, la enjuga cuando conviene con las tempestades de primavera, cuyos huracanes preservan de toda corrupcion la atmósfera, y la defiende de los vientos ateridos del norte y del levante con esa barrera de montañas; ve en esas cordilleras inclinadas de oriente á ocaso las cortinas que tiende Dios para impedir la disipacion de los vapores y condensarlos en agua bienhechora, los vastos filtros en que destila las aguas potables con que templan su sed los hombres y los animales, los anchurosos caucés por donde vierte á la llanura los cristalinos manantiales que luego son arroyos y caudalosos rios; ve en ellas el albergue que su solicitud paternal dispuso para tantos animales que dan á la criatura humana sustento y abrigo, el asiento y la nutricion de ininidad de árboles, arbustos y plantas sa-